

## El exalumno

### PRIMER ACTO

(En la sala resuena una melodía clásica y serena, cuyo volumen irá descendiendo gradualmente al comenzar el espectáculo para no interferir la voz de los personajes. Se sugiere el "Concierto para dos mandolinas y cuerdas en Sol mayor", de Vivaldi.

La acción transcurre en la casa del profesor García Chaves, en el pueblo de Campana. Un ámbito amplio y sombrío, con las paredes cubiertas de libros que se precipitan sobre los escasos y vetustos muebles e incluso sobre el piso. Dos puertas comunican con el interior y el exterior de la casa, respectivamente.

El profesor García Chaves es un hombre de más de setenta años, todavía bastante gallardo. Viste con ropa muy gastada pero reveladora de cierta afectación (chaleco, moñito), que lo hace parecer una caricatura de un dandy de la década del 30; una especie de Ricardo Güiraldes viejo, por ejemplo. Está sentado ante su escritorio, abstraído en una tarea que, como luego se verá, consiste en resolver el crucigrama de un diario)

### PROFESOR

(Leyendo para sí mismo) "Figura, representación o apariencia de algo". Seis letras...(Tras una brevísima meditación) Tiene que ser imagen...(Lo escribe. Un pasaje de la melodía reclama su atención. Dirige la invisible orquesta con la lapicera que está usando. Regresa al crucigrama) "Príncipe escocés que hizo asesinar a su primo Duncan y se coronó rey en 1040". Siete letras...(Casi de inmediato) ¡Macbeth! ¡Macbeth, por supuesto...! (lo escribe mientras rezonga) ¿Qué clase de estúpidos preparan estos crucigramas? Ni un poco de imaginación, ni una pizca de astucia...(Casi a regañadientes, vuelve a su tarea) "Punto de flexibilidad de un metal". Seis letras...(Piensa, vacila) Punto de flexibilidad de un metal...(Pausa) ¿Torque...? Podría ser torque? No, torque no puede ser...(Se irrita) Punto de flexibilidad de un metal! Lo he puesto cien veces, mil veces y...justo ahora, vengo a olvidarme de esa vulgaridad...(Suena el timbre de la puerta de calle.El profesor levanta apenas la cabeza en esa dirección y enseguida llama hacia el interior de la casa) ¡Laura...! ¡Están llamando a la puerta! (Como nadie responde, parece olvidarlo) Punto de flexibilidad de un metal...¡Es inconcebible, inconcebible...! ¿Cómo demonios se llamaba el punto de flexibilidad de un metal? (Tímidamente, vuelve a sonar el timbre) ¡Laura...! (Espera un instante y luego, resoplando, va hasta la puerta de calle y abre. En el umbral está Horacio; un hombre común y corriente de alrededor de cuarenta años, cuyo único encanto particular reside en cierto brillo juvenil que todavía conserva en la mirada. Viste con la elegancia impersonal de los ejecutivos)

### HORACIO

Buenos días. (Pausa.El viejo lo examina) ¿Profesor García Chaves?

### PROFESOR

(Algo impaciente) ¿Sí?

### HORACIO

¿Cómo le va, señor?

### PROFESOR

Bien, gracias. ¿Qué desea?

HORACIO

Yo soy Caletti, Horacio Caletti...(Pausa) ¿Me recuerda?

PROFESOR

(Tras una ligera vacilación) Si usted viene por ese asunto de la enciclopedia...

HORACIO

¿La enciclopedia? Yo no...Mire, señor...

PROFESOR

¡Sí, Sí, la enciclopedia! Le advierto que no pienso pagar una sola cuota más...(Sin atender a las protestas de Horacio, levanta tres voluminosos tomos que están encima del escritorio y lo obliga a aceptarlos) Esta obra es una estafa, joven, está llena de errores imperdonables...

HORACIO

(Totalmente desconcertado, mientras sostiene los libros) No, pero yo no tengo nada que ver...

PROFESOR

¡A mí eso no me interesa! Si usted vende una enciclopedia, no puede ignorar que Tirso de Molina no nació en 1570...

HORACIO

¡Pero escúcheme, señor...! Usted está confundido...Yo soy un exalumno suyo...Caletti, señor...¿no me recuerda?

PROFESOR

Perdón, no le entiendo muy bien...(Va hasta el tocadiscos que emite música desde un rincón y lo detiene. Se vuelve hacia Horacio) ¿Me decía...?

HORACIO

(Dando un paso hacia el interior) Caletti, señor...Yo fui alumno suyo.

PROFESOR

¿Alumno mío?

HORACIO

Hace veinte años...

PROFESOR

No me diga...

HORACIO

En el Colegio Nacional Buenos Aires...¿No se acuerda?

PROFESOR

Sí, claro, pero...Discúlpeme, hace tanto tiempo...

HORACIO

Veinte años, justamente.

PROFESOR

Y ahora...¿Trabaja para esa editorial?

HORACIO

(Como afirmando lo que dice, vuelve a dejar los libros en cualquier sitio) No, señor. No tengo nada que ver con ninguna editorial.

PROFESOR

Menos mal...En realidad, un exalumno del Buenos Aires no podía estar complicado con semejante porquería...¿Y qué lo trae por aquí, entonces? (Corrigiéndose) Quiero decir...¿No me dirá que ha venido a ver a su viejo maestro?

HORACIO

Y...Sí, señor. Exactamente. Hubiera querido anticiparle mi visita, pero no pude conseguir su teléfono.

PROFESOR

No tengo teléfono. Pero venga, pase, pase...¿Y ha venido hasta Campana, sólo para verme...? (Horacio asiente) ¿Desde Buenos Aires? (Horacio vuelve a asentir) Bueno, ¿qué quiere que le diga? Ha sido una gran deferencia...Una exquisita amabilidad de su parte...¿Cómo me dijo que era su nombre?

HORACIO

Caletti. Horacio Caletti.

PROFESOR

Realmente, no es habitual hoy en día que los jóvenes se acuerden de sus viejos maestros...Pero siéntese, Caletti. (Horacio mira a su alrededor, pero no encuentra dónde hacerlo, ya que todo está cubierto de libros y papeles. El viejo lo advierte y comienza a desocupar un sillón mientras Horacio trata inhábilmente de ayudarlo. Esta nueva situación de incomodidad física se prolongará el tiempo que el director juzgue tolerable, mientras se desarrolla el diálogo entre ambos personajes)

HORACIO

Sin embargo...Yo todavía recuerdo sus antiguas clases.

PROFESOR

(Halagado) Oh, no me lo dirá en serio...

HORACIO

Todavía me veo, parado junto al banco, recitando alguna poesía bajo la mirada del implacable García Chaves...

PROFESOR

¿Así me decían?

HORACIO

Sí. El implacable.

PROFESOR

Vamos, no era para tanto...

HORACIO

Duro, pero justo.

PROFESOR

(Más halagado todavía) ¿Usted cree, realmente...?

HORACIO

Y con bastante sentido del humor...

PROFESOR

¿Sentido del humor? Sí, puede ser. Eran otras épocas, aunque...¿Usted era compañero de Vaquier?

HORACIO

¿Vaquier?

PROFESOR

Un muchachito muy simpático, de pelo muy negro, ojos azules...

HORACIO

(Cortésmente) Sí, creo que lo recuerdo, pero...(Breve pausa) Se debe haber recibido uno o dos años antes que yo.

PROFESOR

Un muchachito muy simpático, Vaquier, pero muy...No sé, parecía uno de estos jóvenes de ahora...

HORACIO

¿Y qué pasó con él?

PROFESOR

En aquella época había en todas las aulas unas salivaderas enlozadas...El se ponía a toser como un condenado, hasta que conseguía permiso para acercarse a la salivadera...Y entonces, mi querido amigo, entonces...¡El muy taimado escupía una bolita!

HORACIO

(Sonriente) Cierto...Esa bolita se hizo famosa.

PROFESOR

Y no era para menos, mi querido joven...Las escupidas de Vaquier resonaban como cañonazos...Y sus hazañas se agigantaban cada día frente a los sorprendidos profesores que no se atrevían a examinar las salivaderas para verificar...Eh, digamos, la causa del estampido.

HORACIO

Sí, era el héroe de todo el turno de la mañana.

PROFESOR

Hasta que un día, "el turno" me tocó a mí.

HORACIO

Supongo que era la prueba de fuego de Vlaquier.

PROFESOR

No lo sé, pero en cambio le aseguro que yo sentí que era la mía. Cuando se arrimó a la salivadera, tosiendo como un tísico, yo me paré a su lado y le pregunté: "¿Tiene mucha tos, Vaquier? Y cuando el asintió... ¡Zas! (Da una fuerte palmada en el respaldo del sillón) ¡Se tragó la bolita y se curó para siempre!

(Los dos ríen alborozados por el recuerdo compartido)

HORACIO

Pobre Vaquier...

PROFESOR

Aquella palmada en la espalda lo derrumbó del pedestal de prócer que había construido a fuerza de sonoras escupidas.

HORACIO

Me parece que al poco tiempo se fue del Colegio.

PROFESOR

Sí, puede ser...Un muchachito muy travieso, ese Vaquier. Parecido a los jóvenes de ahora, en cierto sentido...Pero no sé...Antes uno podía corregirlos.(Pausa) Duro pero justo, dijo usted...¿Así era yo?

HORACIO

¿Qué otras cosas recuerda, señor, de aquella época?

PROFESOR

(Hace un gesto que abarca el mundo mientras suspira nostálgico) Un gran colegio, el Nacional Buenos Aires...Un gran colegio...En aquel tiempo, claro...Después, no sé.

HORACIO

(Con cierto pudor) Nosotros, por lo menos, pensábamos que era el mejor del mundo.

PROFESOR

Bueno, no sé si tanto, pero...Uno de los mejores, no le quepa duda...

HORACIO

Sentíamos que era una especie de honor, ser sus alumnos...

PROFESOR

Y lo era, mi querido amigo, lo era...

HORACIO

Supongo que sí. Sólo que nosotros...Los alumnos, digo...Me parece que siempre fuimos un poco

engrupidos...

PROFESOR

No, no...Era un orgullo legítimo (Pausa) Ah, esta visita suya me trae tantos recuerdos, tantas añoranzas...¿Caletti, me dijo?

HORACIO

Sí, señor. Horacio Caletti.

PROFESOR

Sí, creo que ahora empiezo a recordarlo, Caletti...¿O puedo llamarlo Horacio?

HORACIO

Como guste.

PROFESOR

Es un hermoso nombre (Evocativo) "Non semper feriet quodcumque minabitur arcus" ¿Lo recuerda?

HORACIO

El latín nunca fue mi fuerte, señor.

PROFESOR

Es un verso de Horacio, su tocayo, ¿Usted fue alumno mío de Latín?

HORACIO

No, señor; de literatura.

PROFESOR

Entonces, lo perdono...Literatura, ¿en qué año? No tenga miedo, no le voy a tomar examen...

HORACIO

Cuarto y quinto.

PROFESOR

¿Y eso fue en...?

HORACIO

Mil novecientos cincuenta y seis, cincuenta y siete...

PROFESOR

Claro, claro...¿Quiere decir que usted se recibió...?

HORACIO

En el cincuenta y ocho.

PROFESOR

(Asintiendo) En el cincuenta y ocho...(Pausa) ¿Usted no era aquel muchachito...? (Horacio lo mira con interés) Sí, aquel muchachito que siempre usaba una bufanda verde...

HORACIO

¿Una bufanda verde? No...No, ése era Romero, me parece...

PROFESOR

Ah, no era usted...Sí, Romero, puede ser...Era curioso...En invierno o verano, siempre andaba con aquella bufanda verde...

HORACIO

Para los exámenes, solamente...Era una especie de amuleto, decía que le traía suerte...

PROFESOR

¿No me diga? ¿Y era verdad? (Horacio se encoge de hombros) Así que no era usted...Discúlpeme, Horacio...Por momentos se me mezclan un poco las imágenes...

HORACIO

Es lógico, señor. Eramos tantos...

PROFESOR

(Apuntándole con el índice) Y, sin embargo, su cara...No importa, ya lo voy a poder ubicar...(Pausa) Pero, cuénteme...¿Qué ha sido de su vida desde entonces?

HORACIO

(Sin saber por dónde empezar) Bueno...

PROFESOR

¿Siguió estudiando?

HORACIO

Abogacía...Pero no me recibí.

PROFESOR

¿No se recibió? Qué lástima...

HORACIO

(Picado) De todos modos...Conseguí abrirme paso en otras actividades.

PROFESOR

¿ah, sí...? ¿Qué hace ahora?

HORACIO

Estoy en una empresa metalúrgica. (Breve pausa) En realidad, la abogacía nunca me interesó...Quizás usted recuerde, cuando era alumno suyo...

PROFESOR

(Lo interrumpe, súbitamente interesado) ¿Una empresa metalúrgica, dijo?

HORACIO

(Sorprendido) Sí.

PROFESOR

(Levantándose y yendo hacia el escritorio) Entonces, usted entiende de metalurgia...

HORACIO

Bueno, estoy en la parte administrativa, pero...

PROFESOR

Usted puede hacerme un gran favor, Horacio, un gran favor...(Tomando el diario con el crucigrama) ¿Cómo se llama el punto de flexibilidad de un metal?

HORACIO

(Asombrado) ¿El punto...?

PROFESOR

Sí, el punto de flexibilidad de un metal. A usted le parecerá una pavada, claro, pero a mí casi me arruinó la mañana...

HORACIO

¿El punto de flexibilidad de un metal? (Breve pausa) Temple, supongo...

PROFESOR

(Dándose una palmada en la frente) ¡Temple...! ¡Temple...! (Mientras lo escribe en el crucigrama) Son esas lagunas inexplicables... Ya ve, mi querido amigo; los años no pasan en vano...(Volviendo hacia Horacio) Muy bien, muy bien...¿Así que tiene una empresa metalúrgica?

HORACIO

Bueno, yo...No, no es mía.

PROFESOR

(Ligeramente decepcionado) Ah, no es suya...(Casi como afirmándolo) Pero será un buen trabajo, de todos modos...

HORACIO

Sí, realmente, no me puedo quejar...Soy jefe de ventas...Tengo un buen sueldo, un porcentaje en las ganancias y...En fin, buenas perspectivas.

PROFESOR

Ese gran auto que vi afuera...¿Es suyo?

HORACIO

(Algo desconcertado) Sí, claro.

PROFESOR

Muy bien, muy bien...¿Y se ha casado, supongo?

HORACIO

(Tras una casi imperceptible vacilación) Tengo dos chicos: una nena de once años y un varón de nueve.

PROFESOR

Bueno, me alegro mucho, Horacio...Todo parece indicar una vida tranquila, próspera, feliz...



HORACIO

Sí...En realidad, señor, una vida común.

PROFESOR

"Aurea mediócritas", Horacio; "áurea mediócritas"...Y dígame...¿Se ve a menudo con sus compañeros?

HORACIO

Sólo con algunos, de tanto en tanto...

PROFESOR

Hábleme de ellos.

HORACIO

Benguria, creo que ahora es comodoro...Olivari, ¿se acuerda?, es párroco de no sé qué Iglesia...Kinkel -usted lo debe haber visto en los diarios- es un gran músico ahora, le va muy bien en Norteamérica...Dabini es un oculista famoso...Hay varios médicos, varios abogados, algunos ingenieros...

PROFESOR

(Complacido) Una camada brillante.

HORACIO

Supongo que hubo de todo.

PROFESOR

¿De todo?

HORACIO

Quiero decir...También fracasados, mediocres...

PROFESOR

(Ceñudo) ¿Supo concretamente de alguno?

HORACIO

Bueno, no...

PROFESOR

¡Entonces no lo creo! (Tratando de suavizar la cosa) Usted peca de modesto, Horacio, pero...No, no había lugar para fracasados ni para mediocres en nuestras filas...

(Una pausa larga, incómoda, durante la cual ninguno de los dos parece tener otra cosa que decirse)

HORACIO

¿Y usted señor?

PROFESOR

¿Yo?

HORACIO

Sí. ¿Cómo le ha ido en todos estos años?

PROFESOR

Bueno...¿Qué quiere que le diga? Tengo poco que contar y...(Casi obligado por el atento silencio de Horacio) A usted puedo confesarle, Horacio, que desde que me jubilé, mi vida perdió su auténtico sentido...Entonces, me vine a vivir a Campana, porque había heredado esta casita, tenía algunos ahorros y...Me gusta esta vida de hidalgo rural. (Pausa) Desde entonces, vivo acá...Leyendo...Escuchando música...Dando algunas clases particulares...Nada importante, como ve.

HORACIO

¿Y vive acá...? ¿Solo...?

PROFESOR

Sí (Corrigiéndose tras una brevísima pausa) Es decir, con mi hija Laura.

HORACIO

(Cordial) Ah, tiene una hija...

PROFESOR

Una chica muy despierta, muy...(Apresuradamente) Me hubiera encantado que la conociera pero....No está en casa.

HORACIO

Y de sus antiguos alumnos...¿Tuvo noticias de alguien?

PROFESOR

¿Noticias? Sí, claro...Muchos me han escrito...Tengo montones de cartas, por ahí, en algún lado...E incluso...Muchos han venido a visitarme, como usted...

HORACIO

Estoy seguro de que todos lo recuerdan.

PROFESOR

No tantos como yo hubiera querido, pero...

HORACIO

(Disculpándolos) Claro, Campana queda un poco a trasmano...

PROFESOR

Sí, seguramente (Se queda pensativo. Otra pausa larga)

HORACIO

(Consulta su reloj) A lo mejor le estoy robando demasiado tiempo...

PROFESOR

No, no, al contrario...(Pausa) Justamente, estaba pensando...Dígame, Horacio...¿Por qué vino?

HORACIO  
(Confundido) Pero...

PROFESOR  
Quiero decir...(Con alguna ansiedad) En serio...¿Qué lo trajo hasta acá?

HORACIO  
Es que...

PROFESOR  
Sí, dígamelo...

(Horacio se levanta, da unos pasos por la habitación, toma algún objeto al azar, lo deja y finalmente encara al Profesor, con algo de vergüenza y memorizando dificultosamente)

HORACIO  
"Faciendo la vía  
del Calatraveño  
a Sancta María  
vencido del sueño  
por tierra fragosa  
perdí la carrera  
do vi la vaquera  
de la Finojosa..."

¿Se acuerda?

PROFESOR  
Sí, claro...La "Serranilla" del marqués de Santillana...

HORACIO  
¿Pero ve que yo también me acuerdo? (Animándose un poco más)  
"Música porque sí, música vana  
como la vana música del grillo  
Mi corazón eglógico y sencillo  
se ha despertado grillo esta mañana..."

PROFESOR  
(Nostálgico) Nalé...Nalé Roxlo.

HORACIO  
(Entre emocionado e incrédulo) ¿Ve que me acuerdo?

PROFESOR  
Sí.

HORACIO  
Bueno...Creo que...Por eso vine.

PROFESOR

(Lo toma de los brazos, conmovido) Dios lo bendiga. Dios bendiga su buena memoria.

HORACIO

(Tras un instante se desprende de los brazos del viejo) ¿Y de ésta no se acuerda, señor...? ¿De ésta no se acuerda?

(Con mucha vergüenza)

"Capitán de los Andes: la libertad nos diste  
y hoy nos toca a nosotros velar por ese bien.  
Defendamos la idea por la cual tú viviste  
y los siglos te vean dormir en paz. Amén"

(Pausa larga) ¿No se acuerda?

PROFESOR

(Tras una pausa) No, ésa no la ubico, pero...De todos modos...(Entra Laura; 19 años, blue jeans y suéter, comúnmente linda. Lleva en la mano una revista, que luego dejará abandonada en cualquier sitio)

LAURA

Hola.

PROFESOR

(Sin advertir su presencia) De todos modos, Horacio... Creí que nadie...Ni yo mismo...Se acordaba ya de todo eso...(Sigue la dirección de la mirada de Horacio y descubre a Laura, con algún sobresalto) Ahora no puedo...Estoy ocupado. (Se aproxima a ella y trata de conducirla sin rudeza hacia el interior de la casa) Te repito que ahora estoy atendiendo a este señor...

LAURA

Creí que me estabas llamando.

PROFESOR

(Impacientándose y empujándola con mayor decisión) No, ahora no...¡Hace media hora que te estaba llamando!

LAURA

Sí, pero...Estaba cagando, papá.

(El Profesor acusa el impacto, casi como si se tratara de un golpe físico. Da unos pasos erráticos por la habitación, tratando de recuperarse, mientras Laura se instala en algún sitio, aparentemente decidida a quedarse)

PROFESOR

Después vamos a hablar, Laura. (A Horacio, como arrepintiéndose de haberla nombrado) Sí, acaba usted de conocer a Laura...Esta es mi hija Laura.

HORACIO

(Sintiéndose ridículo) Mucho gusto.

LAURA  
¿Quién es él?

PROFESOR  
El señor es Horacio...(Vacila) ¿Horacio...?

HORACIO  
Caletti.

PROFESOR  
Eso es, Horacio Caletti. Un antiguo discípulo.

LAURA  
(Con curiosidad) ¿Ah, sí...?

PROFESOR  
Hace veinte años, fue alumno mío de literatura en el Colegio Nacional Buenos Aires. Ahora es dueño de una empresa metalúrgica.

(Horacio hace un gesto negativo con la cabeza, pero no se anima a desmentirlo)

LAURA  
¿Una empresa metalúrgica? (Breve pausa. Ligeramente irónica) Sí, claro, lo oí recitar.

HORACIO  
Bueno, yo...No estaba recitando.

PROFESOR  
¿Arreglaste tu cuarto, Laura? (Ella lo mira sorprendida) Creí que ya estabas en lo de tu amiga Lucía. ¿No habías quedado en ir a verla?

LAURA  
Vos me lo habías prohibido, pero...De todos modos, eso fue ayer...Lo que querés es que me vaya.

PROFESOR  
Estábamos recordando viejas épocas...Hablando de cosas que a vos no te pueden interesar.

LAURA  
Sí, seguramente. ¿Lo que querés es que me vaya?

HORACIO  
De cualquier modo, señor...Yo ya me iba.

PROFESOR  
¿Irse? No, de ninguna manera, no puede irse ahora...Justamente ahora. (Ante el gesto de vacilación de Horacio) Acaba de llegar, en realidad...Y todavía tenemos tantas cosas de que hablar...

HORACIO  
(Indeciso) Bueno...

PROFESOR

Al fin y al cabo, ha venido especialmente desde Buenos Aires para verme y...(Pausa) Sí, Horacio; se lo ruego...Se quedará a pasar el día conmigo...

HORACIO

¿El día...?

PROFESOR

Se quedará a almorzar, por lo menos...(Horacio consulta su reloj) ¿Qué hora es?

HORACIO

Las once y media, pasadas.

PROFESOR

Entonces, se quedará a almorzar, por supuesto...

HORACIO

En todo caso, señor...Soy yo el que quiero invitarlos a comer afuera.

PROFESOR

¿Afuera?

HORACIO

Sí, claro. Donde usted guste.

LAURA

(Con infantil entusiasmo) ¡Bárbaro...!

PROFESOR

(Severo) No, no, de ninguna manera...

HORACIO

¿Por qué, señor?

PROFESOR

Sería un verdadero abuso.

HORACIO

Es lo menos que yo puedo hacer...

PROFESOR

Usted ha venido a visitarme y es lógico que sea mi invitado.

LAURA

Pero...

PROFESOR

(Ignorándola) Además, es un hábito arraigado, no salgo nunca. No, Horacio, discúlpeme, pero prefiero que nos quedemos a almorzar aquí.

LAURA

¿A almorzar aquí? (Los dos hombres la miran) ¿A almorzar, qué? Lo único que hay en casa es una caja de ravioles que sobró del domingo.

PROFESOR

Laura, por favor...

HORACIO

(Con creciente incomodidad) Señor, yo...

PROFESOR

(Deteniéndolo con un gesto) No se preocupe, Horacio. Compraremos cualquier cosa.

LAURA

(Negando con la cabeza) No hay un mango. Con suerte, recién el viernes cobrás la jubilación.

PROFESOR

Sí, no importa... Ya nos vamos a arreglar.

LAURA

(Inexorable) Y el almacenero ya no nos fía...

PROFESOR

(Realmente consternado) ¡Laura...!

HORACIO

(Intercediendo casi con desesperación) Señor... Permítame insistir... Ya sé que no le gusta salir, pero... Yo creo que hasta "el implacable García Chaves" podría hacer una excepción, por esta vez...

(Pausa larga. El profesor vacila, aunque sigue negando con la cabeza)

LAURA

(Conciliadora) Se puede comprar algo en la rotisería de la esquina.

HORACIO

Por mí... Siempre que sea una invitación mía...

LAURA

Sí, claro.

HORACIO

Y de ese modo, podríamos quedarnos aquí...

PROFESOR

(Dándose por vencido) Está bien, sea. Sólo para evitarle a usted una nueva violencia.

HORACIO

Se lo agradezco.

PROFESOR

De todas maneras, Horacio...No me interesan demasiado las apariencias, pero...Tampoco quiero que se haga una idea falsa de mi situación...Este mes tuvimos algunos gastos extras...Hubo que arreglar un techo y...¿Comprende?

HORACIO

No se preocupe, señor.

LAURA

Bueno, ¿entonces...? (Vuelve a concitar el interés de los dos hombres) ¿Cómo hacemos?

PROFESOR

(Asqueado ante la perspectiva de la inminente transacción) ¿Podés ocuparte vos de...todo eso? (A Horacio) Yo voy a preparar el aperitivo, mientras tanto. Creo que por ahí tengo una botella de vermut...

(Huye hacia el interior de la casa. Se produce entre Laura y Horacio una nueva pausa incómoda. Ella lo examina, acercándosele)

HORACIO

Esto está un poco oscuro, ¿no?

LAURA

(Mientras va hacia un rincón, señala la pared del fondo) Ahí había una gran ventana, hace años...Pero hubo que tapiarla para agrandar la biblioteca. (Acciona una llave y una cruda luz cenital cae sobre el centro de la habitación. Vuelve a acercarse a Horacio, examinándolo sin impertinencia, pero con curiosidad)

HORACIO

(Incómodo) Bueno, Laura...Si usted me dice lo que tengo que hacer...

LAURA

(Con naturalidad) Y, dame la plata...

HORACIO

¿No prefiere que vaya yo?

LAURA

No, dejá, vos dame la plata...(Con alguna vergüenza, Horacio saca la plata del bolsillo y le entrega algunos billetes) ¿Qué querés que traiga?

HORACIO

No sé, lo que usted...(Decidiéndose a aceptar el tuteo) Lo que vos quieras...Lo que a él más le guste.

LAURA

¿Así que vos fuiste alumno del viejo?

HORACIO



¿Qué pasa? ¿Soy distinto de los otros?

LAURA  
¿Qué otros?

HORACIO  
Los otros que vinieron.

LAURA  
No, vos sos el primero...(Pausa . Laura no advierte la reprimida sorpresa de Horacio) Pero, no sé...Te imaginaba de otro modo.

HORACIO  
¿Cómo?

LAURA  
No sé, de otro modo...¿Cuántos años tenés?

HORACIO  
Cuarenta. Casi cuarenta.

LAURA  
(Ufana) Yo, diecinueve.

HORACIO  
¿Qué querés que te diga? Te felicito.

LAURA  
Pareces más joven, pero...No sos feo para tu edad (Se ríe con espontaneidad, ante la evidente turbación de Horacio) Una mujer de tu generación nunca te diría una cosa así...

HORACIO  
No sé, depende.

LAURA  
Y menos, después de recibir plata para ir a comprar comida...

HORACIO  
(Empezando a fastidiarse) Mirá, Laura...(Se arrepiente y se calla)

LAURA  
¿Qué?

HORACIO  
Nada.

LAURA  
No, ¿qué ibas a decirme?

HORACIO

(Ahora es él quien la examina) ¿Así que vos sos la hija del profesor García Chaves?

LAURA

¿Por qué me decís eso?

HORACIO

No sé, yo también te imaginaba de otro modo...

LAURA

(Riendo) Está bien, empatamos...Creí que el viejo ya te había contado la historia de la familia.

HORACIO

¿Qué historia?

LAURA

Ya te la va a contar...Es interesante aunque, lamentablemente, falsa.

HORACIO

No sé de qué me estás hablando.

LAURA

Bueno, tengo hambre. Me voy a hacer las compras. (Al llegar a la puerta exterior se vuelve) ¿Te hace falta boleta?

HORACIO

(Asombrado) No...¿Por qué?

LAURA

Qué se yo...La gente grande es tan desconfiada...

(Sale hacia la calle. Horacio, por hacer algo, se acerca a la biblioteca y contempla distraídamente los lomos de los libros. Por último, saca uno y lo hojea sin mayor interés. Regresa el Profesor)

PROFESOR

¿Ya se fue Laura? (Sin esperar respuesta, apaga al pasar la luz cenital y va también hacia la biblioteca, donde busca algo detrás de los libros) Debe haber quedado por acá...Sí, acá está. (De atrás de los libros saca una botella) Pero, fíjese...No era vermut, sino jerez...Le da lo mismo, ¿no? (De algún lado saca un par de copas, las llena y ofrece una a Horacio) Mi querido muchacho...No sabe la alegría que me ha dado...Aunque esta situación, tan peculiar, con Laura...Supongo que le debo una explicación...

HORACIO

No, por favor, señor...A mí no tiene nada que explicarme.

PROFESOR

Ella es un poco...(Hace un gesto ambiguo que puede indicar imaginación como locura) Y, encima, hoy se puso peor que nunca...Yo no sé, su presencia...Parece que lo hubiera hecho a propósito...

HORACIO

No, yo no noté nada...especial.

PROFESOR

Sí, sí...Usted lo disimula por cortesía, pero...

HORACIO

Es muy joven y...

PROFESOR

¡Los jóvenes, los jóvenes...! Sí, ahora está de moda idealizarlos, pero...Espero que usted no incurra en esa clase de demagogia...

HORACIO

De todos modos, señor...Realmente, no creo que haya que preocuparse demasiado por Laura...

PROFESOR

(Desconfiado) ¿Por qué me dice eso?

HORACIO

Créame...(Señalándolo) Ella está en buenas manos.

PROFESOR

Se lo agradezco, pero...Seguramente yo he pecado también de un exceso de tolerancia, de una benevolencia culpable...(Bebe. Repara en el libro que Horacio todavía conserva entre las manos)  
¿Encontró algo interesante?

HORACIO

No sé...Lo agarré casi al azar, porque me pareció que alguna vez había pasado por mis manos...(Le entrega el libro)

PROFESOR

Ah, el "Elogio de la locura"...Un gran hombre, Erasmo de Rotterdam...¿No ha vuelto a leerlo, desde entonces?

HORACIO

En realidad, creo que nunca lo leí...Me sonaba, simplemente.

PROFESOR

Es una lástima...(Se sirve nuevamente jerez e intenta hacerlo en la copa de Horacio, que prácticamente no la ha tocado todavía)

HORACIO

No, gracias.

PROFESOR

¿Todavía no terminó? (Bebe) Sí, es una verdadera lástima...El genio de la humanidad ha tardado siglos en producir creaciones exquisitas, que a la gente le interesan cada vez menos...Bah, la gente..."El vulgo municipal y espeso"... "Las multitudes negras de la ciudad"...

HORACIO

¿No pasó siempre lo mismo?

PROFESOR

Me extraña que usted diga eso, Horacio. No, me permito afirmar rotundamente que no pasó siempre lo mismo.

HORACIO

Quiero decir...Erasmus de Rotterdam nunca fue un autor popular...

PROFESOR

(Profesoralmente) No se trata de eso, en absoluto. Antes eran muchos menos los que sabían leer, pero esos pocos sabían leer...Ahora todo el mundo lee y casi nadie sabe hacerlo...Sí, me temo que hayamos caído en una de las trampas de la democracia...(Advirtiendo el gesto de sorpresa de Horacio) ¿Qué le pasa?

HORACIO

Me extrañó oírle decir eso...Me acuerdo que usted, antes...

PROFESOR

(Interrumpiéndolo con alguna vehemencia) ¡Antes yo era distinto, porque todo era distinto...! (Suavizándose) Pero, fíjese...No es casual que el cuarto de baño se haya convertido en el gabinete de lectura, en esta desdichada época...Se encierran en el baño durante horas, con su asquerosa sub-literatura, y reciben por los ojos lo mismo que expelen por ...(Carraspea) Por otras vías, usted me entiende... (Se sirve más jerez) Discúlpeme, no quise decir que usted...

HORACIO

No se disculpe. Al fin y al cabo, yo tampoco leí el "Elogio de la locura"...

PROFESOR

Usted, por instinto...Por un instinto cultivado en las viejas aulas, fue hasta la biblioteca y escogió un libro ilustre...Usted recuerda poemas de Nalé Roxlo y del marqués de Santillana...¡Pero fíjese, fíjese lo que lee esa chica...! (Recoge la revista que Laura dejó abandonada y la exhibe con repugnancia) ¡Y usted me dice que no hay que preocuparse...! ¡Historietas...! ¡Basura...! ¡Escatología...! ¡Caca pre-digerida...! (Señala los libros) ¡Ahí están aguardando Cervantes, Dante, Shakespeare, Goethe...! ¡Y ella se entretiene con...! (Mira la revista con asco) ¡Con "Cisco Kid"...! ¡Cisco Kid! ¿Le parece que yo me merezco...? (Totalmente fuera de sí, rompe en pedazos la revista. Al advertir el silencioso asombro de Horacio, baja la vista y contempla los pedazos en sus manos temblorosas, casi como si fueran ajenas; y, como si tratara de esconderlos, se los mete en un bolsillo del saco)

HORACIO

Cálmese, señor...

PROFESOR

Discúlpeme, creo que me exalté demasiado...Aborrezco la violencia, usted lo sabe, aunque a veces...(Se interrumpe, esperando un comentario que no llega) Mi deber es protegerla, incluso de ella misma...(Idem) Lo entiende, ¿verdad?

HORACIO

(Sin mucha convicción) Sí.

PROFESOR

Pero, de todos modos...Créame que deploro este pequeño incidente...(Pausa. Suspirando) Sí, será mejor que pongamos la mesa...(Frenando el hipotético movimiento de Horacio) No, no; quédese donde está...(Despeja de libros y papeles el escritorio y comienza a poner la mesa con el mantel y los utensilios que saca de algún sitio) En un periquete va a estar lista...

HORACIO

¿Usted no cree, señor...? Realmente...¿No prefiere que me vaya?

PROFESOR

Pero...¿Cómo puede decir eso, Horacio? Su visita es lo mejor que me haya sucedido en mucho tiempo...

HORACIO

Sin embargo, me parece que sólo he conseguido incomodarlo...

PROFESOR

(Tocando el bolsillo donde guardó la revista) ¿Usted dice por...? No, mi querido muchacho, usted no tiene la culpa de nada...No se preocupe, le prometo que no volverá a suceder...(Por unos instantes, sigue poniendo la mesa hasta que se interrumpe, con aire preocupado) ¿Me dijo que tiene dos hijos?

HORACIO

Sí. Una nena de...

PROFESOR

(Interrumpiéndolo) En esta época, es una pesada responsabilidad. Cuídelos.

(Regresa Laura cargada con varios paquetes de comida y un par de botellas de vino, que deposita encima del escritorio, ayudada por Horacio)

LAURA

¿Tardé mucho?

HORACIO

No, hiciste muy rápido.

LAURA

Acá no se ve nada. (Se dirige hacia el rincón y enciende la luz cenital)

PROFESOR

(Molesto, haciendo visera con la mano) No en vano Lucifer significa "el que trajo la luz"...

LAURA

Por lo menos, así podremos ver lo que comemos.

PROFESOR

(Resignándose) Ahora sí, Horacio, si quiere hacerme el favor...Usted vaya abriendo el vino...(Le da un sacacorchos y, mientras Horacio hace lo pedido, examina los paquetes que Laura va abriendo) Ha comprado comida como para un festín, Horacio...Esto parece el banquete de Lúculo,

las bodas de Camacho...(Con repentino desagrado) Trajiste pollo, Laura...

LAURA  
(Indiferente) Sí.

PROFESOR  
Sabés que aborrezco el pollo...

LAURA  
(Encogiéndose de hombros) No había otra cosa.

PROFESOR  
¿No había otra cosa, en esa enorme rotisería...? (A Horacio que se acerca con la botella ya destapada) No, no se preocupe, querido amigo... Tomaré un poco de pan y un poco de vino, como se hacía en épocas más austeras... La comida es sólo un pretexto...

LAURA  
(A Horacio, impaciente) Bueno...¿Empezamos?

HORACIO  
Sí, cuando quieran.

PROFESOR  
(Ignorándolos) La comida es sólo un pretexto, decía, para seguir hilvanando aquellos hermosos recuerdos...(Mientras tanto Laura se sirve una presa de pollo y empieza a comer con ganas, lo cual seguirá haciendo durante toda la escena, interviniendo en la conversación sólo cuando se sienta directamente aludida. El profesor señala ceremoniosamente su lugar a Horacio) Por favor, querido amigo...(Horacio se sienta mientras el viejo ocupa su lugar frente a la mesa, de pie, y sirve vino en la copa de Horacio y en la propia) Antes de que empecemos a comer, quisiera proponer un brindis...Por su visita, Horacio...Por lo que usted y yo éramos hace veinte años...(Los dos beben) Duro pero justo, dijo usted...¿Oís Laura? Así me consideraban mis alumnos...(Se sienta) ¿Le gusta la pechuga, querido amigo?

HORACIO  
Sí, cualquier cosa...

PROFESOR  
Bueno...La pechuga propiamente dicha no podrá ser porque Laura, la intrépida contestataria, se ha apoderado de ella.¿Puede ser muslo?

HORACIO  
No importa, me da lo mismo.

(El Profesor sirve una presa en el plato de Horacio mientras Laura busca en la fuente hasta encontrar otro pedazo de pechuga, que exhibe triunfalmente)

LAURA  
¡Aquí hay otro pedazo de pechuga...!

PROFESOR

Eso no es pechuga, Laura.

LAURA

¿No es pechuga, esto...? ¿Y qué es?

PROFESOR

Esos es...(Vacila) Rabadilla.

LAURA

(Escandalizada) ¿Rabadilla? (A Horacio) Decime, vos...¿Esto no es pechuga?

HORACIO

(Incómodo) Yo...No sé...No entiendo mucho de...

LAURA

(Con desprecio, deja caer la pechuga en la fuente) Andá...

PROFESOR

(Paladeando el vino) Buen vino...Yo no debería tomar, no sé cómo reaccionará mi tensión arterial, pero...Esta visita suya, tan especial...¿Sabés, Laura, que Horacio viajó especialmente desde Buenos Aires para visitarme? No es frecuente que alguien recorra tantos kilómetros, sólo para conversar con un viejo maestro...Eso, mi querido amigo, habla muy bien de usted y...(Ya algo achispado) También de mí, ¿no es cierto? Por lo menos, de lo que fui para usted en aquella época...

HORACIO

Por supuesto, señor. Ya se lo dije...

PROFESOR

¿Oís Laura? Duro pero justo...Así dijo que era yo...¿Oís?

LAURA

(Escéptica, mientras sigue comiendo) Sí, oí.

PROFESOR

(Satisfecho) Beba, Horacio, beba usted también...Al fin y al cabo, en esto se compendia toda la cultura latina...Un barco de papel con un poema escrito en las velas, navegando en un océano de vino...

HORACIO

(Bebe. Luego, a Laura) ¿Vos no tomás?

LAURA

El vino me da dolor de cabeza.

PROFESOR

(Despectivo) ¡Dolor de cabeza! A veces, realmente, me pregunto qué pasa con los jóvenes de hoy...

LAURA

Vos sabés perfectamente qué pasa con los jóvenes de hoy...Y eso no tiene nada que ver con el vino.

PROFESOR

Algún día, Laura, tendrás una hija como vos y...

LAURA

(Interrumpiéndolo) Si yo llegara a tener una hija...No sería como yo.

HORACIO

¿Por qué no?

LAURA

Porque...Yo trataría de que fuera más feliz.

PROFESOR

¿Más feliz? Sí, supongo que para entonces se habrán inventado drogas más potentes que la marihuana.

LAURA

De todos modos, no te preocupes. Yo no voy a tener hijos.

HORACIO

(Tratando de distender un poco el clima que se viene generando) ¿No vas a tener hijos?

LAURA

No.

HORACIO

¿No es una decisión un poco prematura?

LAURA

(Encarándolo) Mirá...Si a este mundo no lo cambiamos, no vale la pena tener hijos...Y si nos decidimos a cambiarlo, vamos a estar demasiado ocupados...

HORACIO

Ah...(Baja la cabeza y sigue comiendo, sin animarse a pedir mayores precisiones)

PROFESOR

¿Oyó, Horacio? Me da miedo el futuro...

LAURA

¡Si es por eso, a mí me da miedo el pasado...!

PROFESOR

¿Se da cuenta, Horacio, se da cuenta?

LAURA

(A Horacio) ¿Y vos...? ¿Qué opinás?



HORACIO

¿Yo? Bueno, aunque quizás sea obvio...No, yo tengo bastante con el presente...

PROFESOR

Sí, quizás sea obvio, pero...De todos modos, es una buena respuesta...(Bebe.Ya está casi ebrio) Y usted sabe, una respuesta ingeniosa, aunque sea equivocada, conmigo siempre valió diez puntos...Como cuando alguien me dijo que "Fuenteovejuna" era de Cervantes..Y cuando yo le pregunté por qué razón Cervantes nunca lo había dicho, me contestó que "por modestia"...(Ríe complacido. De pronto se interrumpe y mira a Horacio con inquietud) ¿Ese no fue usted?

HORACIO

No, señor.

PROFESOR

No, claro que no...Discúlpeme, Horacio...Se me mezclan los nombres, las caras, los recuerdos...Más tarde buscaremos las viejas libretas de calificaciones, para que veamos qué clase de alumno era usted...Creo que debo tenerlas por algún lado...(A Laura) Vos, que siempre andás revolviendo todo...¿No las viste últimamente?

LAURA

No, las tiraste hace muchísimo tiempo.

PROFESOR

(indignado) ¡Eso es una infamia, Laura...! ¿Cómo podría haber tirado...?

HORACIO

No se preocupe, señor...

PROFESOR

Estoy absolutamente seguro de tenerlas por algún lado.

HORACIO

Yo puedo decirle qué clase de alumno era...(Pausa) A juzgar por las calificaciones, era un alumno del montón...

PROFESOR

No, usted no puede haber sido nunca un alumno del montón...De todas maneras, luego buscaremos las libretas...Estoy segurísimo de que las tengo por algún lado...Y esta casa es como el mar, Horacio...Guarda las cosas por algún tiempo, pero luego las devuelve...

HORACIO

El mar sólo devuelve las cosas...Cuando están muertas, señor...

PROFESOR

(Tocado) Era una metáfora, Horacio.

HORACIO

(Retrocediendo) Lo mío también.

PROFESOR

No, no...¿qué quiso decir con eso?

HORACIO

Estaba pensando, señor...(Pausa) ¿En qué año nació Tirso de Molina?

PROFESOR

En 1571, pero...¿Qué tiene que ver...?

HORACIO

Sí, tiene muy buena memoria...No ha olvidado la bolita de Vaquier, ni la bufanda verde de Romero...Pero, en realidad...Usted no se acuerda de mí para nada, ¿no?

(Cae el telón sobre la voluntad de Horacio de hacerse reconocer, el repentino interés de Laura y el abochornado desconcierto del Profesor)

SEGUNDO ACTO

(El mismo lugar, los mismos personajes y la misma situación)

HORACIO

Sí, tiene muy buena memoria...Pero, en realidad...Usted no se acuerda de mí para nada, ¿no?

PROFESOR

¡Pero, Horacio! ¿Cómo puede decir eso? ¡Claro que lo recuerdo...! Por momentos se me mezclan las imágenes, ya se lo dije...Pero por supuesto que lo recuerdo...

HORACIO

No fue tan importante, pero...¿Se acuerda del concurso?

PROFESOR

(Perplejo) ¿El concurso...? (Tratando de ganar tiempo) Creo que es un poco injusto, mi querido Horacio...Tantos alumnos, en tantos años...Usted mismo lo admitió.

HORACIO

Un pequeño concurso interno.

PROFESOR

Cualquier exalumno hubiese sido bien recibido pero...

HORACIO

De poesía...

PROFESOR

Pero creo haberle demostrado la especial satisfacción que me produjo su visita...

HORACIO

Para un 17 de agosto...

PROFESOR

Claro que sí, de golpe, los detalle...

HORACIO

(Inexorable) Sobre el general San Martín...(Pausa larga) Y usted era el presidente del jurado...(Pausa larga) Y me escribió una carta: "Tu vates eris", me decía...

PROFESOR

"Tu vates eris": tú serás poeta...(Como repentinamente iluminado por el descubrimiento) ¡Caletti! (Se abalanza sobre Horacio y lo abraza, muy emocionado) ¡Caletti...! (Lo separa, contemplándolo con ternura) Caletti...

HORACIO

¿Ahora me recuerda, señor?

PROFESOR

Sí, sí...Ahora me acuerdo, de verdad...Usted hacía versos, usted ganó aquel concurso...(Avergonzado) Y yo...(Pausa larga) Créame Horacio...Deploro no haberlo reconocido enseguida, no haber recordado antes todo esto. Seguramente, ese concurso fue muy importante para usted...

LAURA

(Ya desinteresada, mientras se sirve postre) ¿Ustedes no comen postre?

PROFESOR

¡Laura...! ¿Te parece, Laura, que es el momento adecuado para pensar en...? (Trata de servirse vino, pero la botella está vacía. Horacio lo nota y comienza a abrir la otra botella) De manera que, después de todo, usted era Caletti...

HORACIO

(Quizás sin decirlo) Sí, señor.

PROFESOR

Debo confesarle, mi querido amigo, que me siento en falta con usted. No sé, no debo haber entendido bien el apellido...

(Laura se ríe brevemente. El viejo la fulmina con la mirada)

HORACIO

En realidad, señor, fue culpa mía...Yo debí habérselo aclarado todo de entrada.

PROFESOR

¿Y por qué no lo hizo?

HORACIO

Porque si yo se lo decía...Qué se yo, no era lo mismo.

PROFESOR

Tiene razón. (Horacio regresa con la botella ya destapada y llena la copa del Profesor. Mientras el viejo alza la copa y empieza a recitar con énfasis nostálgico, Laura se dedica a apilar platos y

cubiertos usados en una bandeja, sin cuidarse de no hacer ruido y obligándolo a esforzarse para hacerse oír)

"Nunca debí dejaros dispersar a los vientos,  
discípulos queridos que me brindó el azar.  
Yo debí cada curso separar unos cuantos,  
llevarlos de la mano y atarlos en un haz..."

"Palabras a mis alumnos", de Fernández Moreno...La conocía ¿no?

HORACIO

Creo que no (A Laura) ¿Te puedo ayudar?

LAURA

No te preocupes.

PROFESOR

(En lo suyo) El también fue profesor del Nacional Buenos Aires.

LAURA

(Mientras sale hacia el interior con la bandeja) Ustedes están demasiado ocupados en volver a vivir.

PROFESOR

(Frenando otra vez un hipotético movimiento de Horacio) Déjela, déjela...Así podremos charlar más tranquilos. Y hágame un favor, Horacio, usted que está más cerca...Ahora que hemos terminado de comer, apague esa horrible luz de arriba...(Horacio hace lo pedido y regresa hacia el Profesor) En realidad, no me extrañaría que ella misma las hubiese tirado...

HORACIO

¿El qué?

PROFESOR

Las libretas de calificaciones (Breve pausa) Pero hábleme de sus versos, Caletti . Porque usted me trajo también otras poesías...Ahora recuerdo algunos poemas de amor muy sinceros, muy encendidos...Dedicados a una muchacha...(Cordialmente irónico) Supongo que no se casó con ella. Esas musas de la adolescencia...

HORACIO

Se equivocó. Me casé con ella...Y me divorcié.

PROFESOR

¿Pero siguió escribiendo?

HORACIO

No, por supuesto.

PROFESOR

¿Por qué dice "por supuesto"?

HORACIO

No, no...Digamos que me dediqué a...Cosas más prácticas.

PROFESOR

Es una lástima, una verdadera lástima...Yo recuerdo que usted me trajo algunas cosas estimables, realmente prometedoras...Y es un sacrilegio no utilizar los dones recibidos...(Horacio se encoge de hombros). Debo decir en su descargo, claro, que aquélla era una época propicia...Después, todo cambió...

HORACIO

¿El cincuenta y ocho, señor? Teníamos también algunos problemas...

PROFESOR

Bueno, quizás no ese año, precisamente...Pero acuérdesese, acuérdesese...(Evocativo) Cuando Rubén Darío escribía sus "Cantos de vida y esperanza" sobre las mesas del Aves Keller...Cuando Rodin cincelaba a nuestros próceres y Fader pintaba una pampa delicada....

HORACIO

(Algo extrañado) No, pero yo no había nacido todavía....

PROFESOR

(Sin prestarle atención) Henri Bergson y Anatole France daban conferencias en el Teatro Odeón...Y Jorge Newbery imponía a puñetazos los buenos modales en los piringundines...

HORACIO

(Más extrañado todavía) Pero todo eso fue mucho antes de...

PROFESOR

(Idem) Lola Mora escandalizaba a los pacatos con su célebre fuente...Y el Presidente de la República tomaba el té con la Infanta Isabel y el Príncipe de Gales...

HORACIO

(Totalmente perplejo) Escúcheme, señor... Usted está hablando de su pasado, no del mío...

PROFESOR

(Estallando) ¡Oh, termínela con esa cronología de pigmeos...! ¡Le estoy hablando de una época...! (Bebe. Se calma) Discúlpeme, Horacio, pero...Le estoy hablando de una época...De un estilo de vida...De un mundo poblado de banderas...El honor, el respeto, la cultura, la cortesía...Poblado de banderas, ¿me entiende? Y los jóvenes, como usted, crecían a su sombra...

HORACIO

Hablando francamente, señor...Creo que nada de eso nos hacía demasiado felices....

PROFESOR

(Benévolo) Por supuesto, por supuesto...Ustedes eran rebeldes, como es lógico...Y manifestaban por las calles cantando "La Marsellesa"...¿Qué quiere que le diga? También eso era hermoso...

HORACIO

No, usted no me entiende. Nosotros no estábamos conformes...

PROFESOR

Claro, claro...Pero esa rebeldía era...¿Cómo puedo decirlo? Como una brisa fresca. Horacio, como un aire suave...

HORACIO

(Negando, algo ofendido) Era una tempestad, señor.

PROFESOR

(Ilustrándolo casi coreográficamente) Como una brisa que hacía ondear aquellas mismas banderas con gallardía...¿Pero que no amenazaba con derribarlas!

HORACIO

Era una tempestad, señor...Un viento ardiente...

PROFESOR

Como una brisa, Horacio, como un céfiro blando...

HORACIO

(Enérgico) ¡Le digo que nosotros también queríamos cambiar el mundo!

PROFESOR

(Sarcástico) ¡Cambiar el mundo...! ¿Y por qué no lo hicieron? (Pausa. Con ferocidad) ¿Por qué no lo hicieron, entonces?

HORACIO

(Bajando la cabeza) Lo que sucede es que aquellos mástiles estaban mejor clavados...

(Pausa larga. El viejo se sirve más vino y bebe)

PROFESOR

De todos modos...Supongo que usted ya no tendrá nada que ver con eso, ¿no?

HORACIO

¿Con qué, señor?

PROFESOR

Con esos vientos, con esas rebeliones...

HORACIO

(Mansamente) No se preocupe, señor. Yo mismo, ahora...Apenas soy un suspiro.

PROFESOR

"Apenas soy un suspiro"...¿Ve, Horacio? Usted tiene que volver a escribir.

HORACIO

Me gustaría, pero...

PROFESOR

Sí, todavía conserva el viejo amor por las palabras...

HORACIO

Tendría que recuperar otros amores.

PROFESOR

"Tu vates eris"; tú serás poeta...Estoy seguro de que no me equivocaba. (Suena el timbre de la puerta de calle) ¿Qué hora es?

HORACIO

Ya son casi las tres.

PROFESOR

Cómo ha pasado el tiempo...

HORACIO

(Señalando hacia la puerta) Si usted quiere...

PROFESOR

No, no se moleste...(Hace ademán de levantarse, cuando aparece Laura) La querida Laura tiene el don de comprenderme. No viene cuando la llamo y aparece cuando yo no la espero. (Sin dignarse contestar, Laura se dirige hacia la puerta de calle, cuando suenan dos nuevos timbrazos impacientes) ¿Pero quién demonios...? (Laura abre y aparece Mario, un muchachito de 17 años, inseguro y proporcionalmente agresivo)

MARIO

(Entrando) Buenas...(Se desconcierta un poco al ver a Horacio)

PROFESOR

(Dulcificándose) Ah, Mario...(A Horacio) Mario es un alumno mío. Lo estoy preparando para un curso de ingreso.

HORACIO

Mucho gusto. (Mario lo saluda con la mano)

PROFESOR

Este señor, Mario, es un antiguo amigo. Fue alumno mío de literatura, hace más de veinte años...Ahora es dueño de una gran empresa metalúrgica y ha venido especialmente desde Buenos Aires para verme.

MARIO

Fenómeno, por mí sigan...

PROFESOR

No, ya es casi la hora de la clase...(A Horacio) Lo había olvidado completamente...

MARIO

Pero ustedes están acá ocupados y yo...

PROFESOR

No importa, te puedo atender en mi cuarto...

MARIO

Es que yo...A mí me da lo mismo volver mañana.

PROFESOR

(Tentado) Bueno, no sé...En realidad, casi sería lo mismo, ¿no?

HORACIO

No, por favor, señor...Yo ya he molestado bastante.

PROFESOR

No, no diga eso...No ha molestado para nada, en absoluto.

HORACIO

Para usted, una clase siempre fue sagrada (Breve pausa) ¿No es cierto?

PROFESOR

Sí, por supuesto, pero...

HORACIO

Y bueno...El muchacho no tiene por qué perderla, por mi culpa.

MARIO

(Viendo escapar su oportunidad) ¡Pero no, al contrario...! Escuche, profe...

PROFESOR

No, Mario.

MARIO

Pero es que...Usted está con gente y...Total, hace un día tan lindo.

PROFESOR

Basta, Mario. Ya te dije que no.

MARIO

Si usted me la presta a Laura...

LAURA

¿Prestarme? ¿Vos estás loco?

MARIO

(A Laura, confundido) Lo que quiero decir es que...Tengo la moto ahí afuera y...Podríamos ir al río...Como las otras veces...

PROFESOR

¿Qué estás diciendo, Mario...? ¿Cómo, como las otras veces...?

MARIO

(A la defensiva, sin aparente malicia) Las otras veces que me dejé faltar y...

PROFESOR



¡Pero...!

MARIO

(Incontenible) De todos modos, mi viejo no le va a descontar la clase...

PROFESOR

(Apoplético) ¡Pero, Mario...! ¡Tu padre confía en mí...!

MARIO

Sí, usted sabe que a él, yo nunca le dije nada...

(Una pausa larga y helada. Quizás Laura ría breve y dolorosamente)

PROFESOR

Tu sentido del humor es desagradable, Mario...Una broma vaya y pase, pero...Vos confundís benignidad con...Voy a preparar todo y enseguida te llamo...(Sale, muy abochornado)

MARIO

(A Laura) Qué macana, ¿eh...? (A Horacio, con un poco de bronca) El viejo ya estaba medio convencido, pero usted...

HORACIO

¿"El viejo"? ¿Vos querés decir el profesor García Chaves?

MARIO

Sí, claro.

LAURA

De todas maneras, yo no pensaba ir al río. Creo que te olvidaste preguntarme...

MARIO

¿Ah, no...? ¿Y por qué?

LAURA

Porque no tengo ganas...

MARIO

(De abajo de la campera saca una pistola grande, del tipo de las "Ballester Molina", agitándola despreocupadamente) Mirá lo que conseguí...Si hubiéramos ido al río, la hubiéramos podido probar. (Advirtiendo el ligero sobresalto de Horacio) Oiga, no se preocupe...Parece enorme, pero apenas, es una 22...Calibre permitido.

HORACIO

(Tenso) ¿Ah, sí...?

MARIO

(Admirándola) ¿Es hermosa, eh...?

HORACIO

¿Te gustan mucho esas cosas?

MARIO

Sí, claro...Tengo varias, voy a formar una colección...¿Y a usted?

HORACIO

¿A mí? Depende...(Tratando de sobrarlo) Si es para tirar al blanco, sí...Si es para tirarle a los pajaritos, no...

MARIO

(Ofendido) ¿A los pajaritos? ¿Oiga, se cree que tengo doce años...? ¿Y que esto es una gomera...?

HORACIO

No, claro que no...¿Y a qué te gusta tirarle?

MARIO

Qué se yo, a cualquier cosa...Pero no al blanco, sino...A las cosas que se mueven, ¿entiende?

HORACIO

No. No entiendo mucho de armas, en realidad.

MARIO

De todos modos, ahora me estoy preparando con el profe para dar el ingreso en la Escuela de Prefectura...Según mi viejo, ahí van a...(Pide auxilio a Laura) ¿Cómo dice mi viejo?

LAURA

"Canalizar tus inquietudes"

MARIO

Eso, canalizar mis inquietudes...(Acerca la pistola a Laura) ¿Y a vos, qué te parece?

LAURA

No es linda ni fea.(El la mira intrigado) Es una pistola, no un juguete.

MARIO

¿Y eso qué tiene que ver?

LAURA

La andás mostrando como si fuera de cebitas...

MARIO

Andá...(Pero, un poco avergonzado, la vuelve a guardar) Si hubiéramos ido al río, seguro que te hubiera interesado...

(Como tratando de demostrar su hombría, se acerca a Laura e intenta tomarla de la cintura. Ella, sin rudeza, lo rechaza)

LAURA

Dejame tranquila, Mario.

MARIO

(Insistiendo) ¿Qué te pasa?

LAURA

Soy yo la que decido si quiero que me toquen o no...

MARIO

(Poniéndose pesado) Andá, no te hagas la...(Le susurra algo al oído. Ella mira a Horacio y se ríe, aunque lo sigue rechazando)

HORACIO

(Sintiéndose aludido) Escuchame, pibe...Te está diciendo que la dejes tranquila.

MARIO

¿Y a usted quién le dio vela en este entierro?

(Antes de que Horacio pueda contestar, regresa el profesor)

PROFESOR

Mi querido Horacio, ¿lo está pasando bien? (A Mario, sin aguardar la respuesta) Ya está todo listo, podés pasar a mi cuarto...

(De mala gana, Mario se va hacia el interior)

HORACIO

Señor, creo que va a ser mejor que me vaya ahora...Ya se ha hecho un poco tarde y usted está ocupado...

PROFESOR

¡De ninguna manera, de ninguna manera...! Usted ha hecho un viaje larguísimo para verme y todavía no hemos podido conversar prácticamente nada...

HORACIO

Puedo volver cualquier otro día...

PROFESOR

No voy a tardar más de media hora, cuarenta minutos, a lo sumo...Es un chico muy despierto, aunque con poca base...No, Horacio, prométame que me va a esperar...Tenemos todavía tantas cosas de que hablar...(Ante la vacilación de Horacio) Por favor...

HORACIO

Está bien, señor.

PROFESOR

Siéntese, escuche música, descanse...

HORACIO

No se preocupe por mí.

PROFESOR

(A Laura, que anda dando vueltas, como buscando algo) ¿Por qué no vas a tu cuarto, así el señor

puede descansar tranquilo?

HORACIO

(Anticipándose a la posible respuesta de Laura) ¡Pero, no...!

LAURA

(Sin darse por aludida) ¿Nadie vio una revista, que dejé por aquí...?

PROFESOR

¿Una revista? (Relamiéndose) ¿Qué clase de revista?

LAURA

(Sospecha algo, pero no sabe qué) Historietas...

PROFESOR

(Sarcástico) Ah...¿Historietas? (Su mano se dirige al bolsillo donde tiene aún los pedazos de la revista)

LAURA

Sí, me la prestó Mario. Tengo que devolvérsela.

PROFESOR

(La mano se le congela) ¿Era de Mario?

LAURA

Dicho sea de paso, a ver si le mejorás el gusto. Al fin y al cabo, es tu alumno.

PROFESOR

Espéreme, Horacio. En un ratito vuelvo.

(Sale. Otra pausa, particularmente incómoda para Horacio, que no sabe qué hacer)

LAURA

(Con naturalidad) ¿Querés que me vaya?

HORACIO

No, al contrario...¿A quién se le ocurre...? (Señalando hacia adentro) ¿Es tu novio?

LAURA

¿Quién, Mario...? (Se ríe divertida)

HORACIO

Pero...Son muy amigos...

HORACIO

Pero...Son muy amigos...

HORACIO

En realidad, Mario es amigo de mi papá.

HORACIO

¿Qué te dijo, al oído?

LAURA

(Se ríe con más ganas) Me dijo..."Lo tenés copado al veterano".

HORACIO

¿Copado?

LAURA

Flechado, conquistado...

HORACIO

(Molesto) Es un estúpido ese chico.

LAURA

Sí (Pausa) Qué cagada me hiciste con la pechuga, ¿eh...?

HORACIO

¿La pechuga?

LAURA

Sí, vos sabías que era pechuga...Y te lavaste las manos.

HORACIO

(Encogiéndose de hombros) Ponete en mi lugar...

LAURA

No, me parece que no me gusta tu lugar...(Como si acabara de ocurrírsele) ¿Tenés libreta de enrolamiento?

HORACIO

(Extrañado) Sí, claro, pero...No la llevo encima (Suspica) ¿Qué te pasa? ¿Creés que te mentí con la edad?

LAURA

(Divertida) Qué tipo preocupado por la edad...No, no es por eso...

HORACIO

¿Y entonces?

LAURA

De golpe me dieron ganas de saber cómo eras cuando tenías dieciocho años...

HORACIO

¿Para qué?

LAURA

Qué sé yo...A lo mejor, para saber cómo te fue gastando el tiempo.

HORACIO

Lo lamento. Nunca la llevo encima.

LAURA

Bueno; entonces, contame...(El la mira con curiosidad) Quién sos...

HORACIO

¿Quién soy? Nadie. Un exalumno...

LAURA

Bueno, sí, pero hasta los exalumnos son gente...(Ante la vacilación de Horacio) Contame si querés...

HORACIO

Es que...Realmente, no sé qué decirte...Si yo te preguntara quién sos, ¿qué me dirías?

LAURA

A lo mejor no te diría nada, pero te lo explicaría de algún modo...

HORACIO

Bueno...(Pausa) Tengo una linda casa, ese auto que está ahí afuera, un trabajo cómodo, un sueldo razonable...(Ante el gesto de decepción de Laura) ¿Qué pasa? ¿No está bien?

LAURA

Yo te pregunto quién sos, y vos me contestás qué tenés...

HORACIO

(Algo turbado) Es que...Soy un tipo común, de cuarenta años. ¿Te das cuenta?

LAURA

No. ¿Cómo son los tipos comunes de cuarenta años?

HORACIO

Yo, por lo menos...(Vacila) Me casé muy joven, me divorcié, me volví a casar...(Pausa) Tengo dos chicos preciosos. De mi primer matrimonio...Los veo casi todos los fines de semana...(Pausa) Mi actual mujer es una tipa espléndida...Una buena compañera, quiero decir...(Pausa) En el trabajo me consideran, tengo buenas perspectivas...Claro que las máquinas herramientas no me apasionan, pero...(Pausa) ¿Qué más querés que te diga? (Otra pausa. Con algo de bronca) No sé, no te puedo contar todo...

LAURA

(Sin ironía) ¿Ningún interés especial...? ¿Ideales, esperanzas, proyectos...?

HORACIO

(Con más bronca, como sintiéndose agredido) ¿Qué querés que te diga? ¿Que estoy perdidamente enamorado de mi mujer? ¿Que daría la vida con gusto por una bandera? ¿Que cuando sea grande voy a ser corredor de autos?

LAURA

(Seriamente) Y...Sí, me gustaría.

HORACIO

Yo los quiero ver a ustedes dentro de veinte años...A dónde va a ir a parar todo ese orgullo, toda esa soberbia...

LAURA

¿Vos querés decir que también nosotros vamos a fracasar?

HORACIO

(Reprimiendo su ofuscación) Mirá, Laura...Alguien dijo que un poema mediocre merece más respeto que una página en blanco...

LAURA

Depende del poema, pero...Creo que me entendiste mal...Yo no quería joderte, a vos...

HORACIO

Entonces, disculpame...De cualquier manera, creo que nada de esto te interesa realmente.

LAURA

¿Y vos qué sabés?

HORACIO

Me parece. De entrada nomás, hiciste las cosas más difíciles, te pusiste desagradable...

LAURA

Sí, claro, pero...No era por vos...Era por el viejo...(Confidencial) Es un método, ¿sabés? Estoy tratando de matarlo de muerte natural.

HORACIO

(Incómodo) Dejate de embromar...

LAURA

Te estoy hablando en serio.

HORACIO

Pero...¿Tan mal te llevás con tu padre?

LAURA

¿Todavía no te contó que no soy hija de él?

HORACIO

(Asombrado) No, claro que no...

LAURA

Ya te lo va a contar...Ojalá, fuera cierto, pero no creo tener esa suerte...Además, no soy puta ni drogadicta, como él insinúa...Esa es otra de sus sucias mentiras.

HORACIO

Pero...¿Por qué?

LAURA

(Sin énfasis) Porque estamos en guerra.

HORACIO

¿En guerra?

LAURA

Pero, además, porque es un miserable, un hipócrita, un sádico...

HORACIO

(Interrumpiéndola, escandalizado) ¡Laura, por favor! Lo que estás diciendo es terrible...

LAURA

Sí.

HORACIO

El no merece...Entendé, Laura, yo no puedo...

LAURA

Está bien...Ya te vas a dar cuenta vos solo.

HORACIO

¿Como no te vas de aquí?

LAURA

¿Irme? ¿A vos te parece que le voy a dar el gusto de la retirada?

HORACIO

Creí que estábamos hablando en serio.

LAURA

¡Yo estoy hablando en serio! (Baja la cabeza, ante la mirada incrédula de Horacio) Sí, claro que me voy a ir...En cuanto cumpla los veintiún años.

HORACIO

¿Veintiuno?

LAURA

La mayoría de edad. No quiero que me traiga la policía a la rastra, como la vez pasada.(Pausa) Salvo que...¿Vos no me llevarías?

HORACIO

¿Yo? (Tratando de salir del paso) Al menos una cosa has heredado de él...El sentido del humor.

LAURA

(Sombría) No, yo no heredé nada de él.

HORACIO

¿Tanto lo odiás, en serio?



LAURA

Vos sabés que...En serio...No lo quiero nada.(Pausa) ¿Y vos?

HORACIO

Cuando yo tenía tu edad, tu padre era una especie de ídolo para mí...

LAURA

O cambió mucho, o te meloneaba...

HORACIO

(Reconviniéndola suavemente) Laura...(Ella se encoge de hombros) Sí, algo cambió, pero...

LAURA

(Burlona) Para él, una clase siempre fue sagrada, ¿no?

(Pausa larga.El trata dolorosamente de recomponerse)

HORACIO

Algo cambió, pero...No sé, ellos nos enseñaron tantas cosas...

LAURA

¿Cuáles?

HORACIO

(Como tomado de sorpresa) Latín, y...(Pausa, mientras busca una respuesta que no encuentra)  
Qué sé yo, muchas cosas, Eramos chicos pobres de la Argentina, pero ellos nos educaron como a pequeños lores ingleses...

LAURA

(Algo asombrada) ¿Y vos, les estás agradecido?

HORACIO

No, Laura, vos sos muy joven, no podés entender...

LAURA

Sí, ya sé, un poema mediocre...¿Cómo era?

HORACIO

No es eso. Ellos nos prepararon para vivir en un mundo sólido, armonioso...

LAURA

¿Y dónde está ese mundo?

HORACIO

(Tercamente) No importa, ellos creían en eso...

LAURA

¿De veras, creían? ¿O simplemente los usaban a ustedes de puntales para aguantar algo que se venía abajo...? (Horacio niega con la cabeza) Como yo soy más vieja que vos, te voy a dar un consejo...Rajate, antes de que te tapen los escombros...(Pausa) ¿A qué viniste?

HORACIO

(Como si fuera obvio) Y, pasé por Campana y vine a verlo...

LAURA

¿Pero no viniste especialmente desde Buenos Aires...?

HORACIO

(Avergonzándose) Bueno, no...No especialmente. En realidad, tuve que venir a Campana por un asunto de la fábrica...

LAURA

Eso me tranquiliza. Pensé que no podías ser tan boludo.

HORACIO

De todos modos, ¿qué importancia tiene? Alguien me habría dicho que vivía aquí...En cuanto supe que venía a Campana, pensé en venir a verlo...Recordé aquella carta que me escribió hace veinte años y...

LAURA

Te pusiste nostálgico...

HORACIO

Puede ser.

LAURA

Pensaste encontrar aquí tus diecinueve años, intactos, conservados en naftalina...

HORACIO

¡Sí, sí, puede ser, ya te lo dije...!

LAURA

No te enojés. Te juro que...Me da pena.

HORACIO

Escuchame, ya estoy aburrido de que hablemos de mí...¿Por qué no cambiamos de tema?

LAURA

Como quieras.

HORACIO

Sí, ahora hablemos un poco de vos.

LAURA

¿Vos querés conocerme?

HORACIO

Sí, claro.

LAURA

A mí, hablando, no me vas a conocer.

HORACIO

Puedo hacer la prueba (Pausa) ¿Estudiás? (Breve pausa) ¿Trabajás? (Breve pausa) ¿A qué te dedicás?

LAURA

Mirá...Sin entrar en detalles que a vos te molestarían... Sobre todas esas cosas, mi viejo tiene algunas ideas particulares. Y yo tengo otras. Entonces...(Se interrumpe)

HORACIO

Entonces, ¿no hacés nada?

LAURA

Dicho de esa manera, parecería que estoy en el banquillo de los acusados...

HORACIO

(Evasivo) No...

LAURA

¿Qué pasa? (Encarándolo un poco desafiante) ¿No te gustó?

(Pausa larga durante la cual Horacio la contempla apreciativamente)

HORACIO

(Decidiéndose) Sí, me gustás.

LAURA

¿En qué sentido?

HORACIO

Bueno, en términos generales, yo diría que...En todo sentido.

LAURA

Entonces, vas a tener que elegir.

HORACIO

No entiendo.

LAURA

¿No entendés? No importa...(Breve pausa) A mí también me gustás. (Horacio sonríe incómodo pero halagado) ¿Vos tenés una hija?

HORACIO

Sí. (Aclarando) Una nena de once años.

LAURA

Debe ser lindo tener un papá como vos. (Apoya su cabeza en el hombro de Horacio) Sí, me hubiera gustado tener un papá así...(El se aparta, algo decepcionado) Bueno, no te preocupes...De todos modos, no sos mi padre (Va hasta el tocadiscos, elige un disco de música moderna y lo

pone, en forma no demasiado estridente) ¿Te molesta esta música?

HORACIO

No.

(Ambos escuchan la música unos instantes. Luego, Laura ensaya unos pasos de baile. Se detiene y mira a Horacio)

LAURA

¿Te gusta bailar?

HORACIO

(Sonriendo a pesar suyo) Hace bastante que no bailo...Además, no sé bailar esto.

LAURA

Aprendé. No es difícil.

HORACIO

(Dejándose caer en un sillón) No, te agradezco...Creo que yo también tomé demasiado.

LAURA

Está bien. De todos modos, no te necesito. Puedo bailar yo sola.

(Con aparente despreocupación. Laura empieza a bailar. Lo hace bien, con gracia y vivacidad, pero poco a poco la danza se va cargando de una ingenua pero agresiva sensualidad. Horacio va registrando el cambio que se opera en el ambiente)

LAURA

¿Te gusta?

HORACIO

Lo hacés muy bien...

LAURA

(Deteniéndose y mirándolo con coquetería) ¿En serio?

HORACIO

Sí, claro, seguí...(Laura sigue bailando. El transpira, se pasa la mano por la cara) Hace calor...

LAURA

¿Cómo?

HORACIO

(Más alto) Que hace calor.

LAURA

Sí, es cierto. Ahora hace calor...(Sin dejar de bailar se quita el suéter y se acerca a Horacio)

HORACIO

(Se levanta y da un paso hacia Laura. Luego mira hacia el interior de la casa) Laura...

LAURA

(Llegando junto a él, deja de bailar) Vos querías saber cómo era...Bueno, yo soy así.

HORACIO

(Dividido entre las ganas y el miedo, le roza apenas un hombro) Sí, sos hermosa, pero...(Vuelve a mirar hacia el interior de la casa)

LAURA

¿Estás seguro de que no querés aprender?

HORACIO

(La besa casi castamente. Luego, vencido por la tentación, la abraza y empieza a acariciarla; pero, aunque ella responde, casi enseguida se arrepiente y la deja) ¡No, dejame...!

LAURA

¿Qué te pasa?

HORACIO

No, acá...¡Acá no puedo, Laura...!

LAURA

(Lo besa, infernalmente ingenua) ¿En serio, no podés...?

HORACIO

¡Estamos locos, Laura, estamos locos...!

LAURA

Sí. Vení, vamos a mi pieza...

HORACIO

(Parece ceder, vuelve a besarla y acariciarla, pero reacciona y la aparta con alguna violencia) ¡No...! Esto es...Monstruoso.

LAURA

(Fastidiada, se deja caer en un sillón) Te dije que ibas a tener que elegir...

HORACIO

(Jadeante) ¿Nunca vas a Buenos Aires?

LAURA

A veces...

HORACIO

(Saca una tarjeta y, casi furtivamente, se la entrega) Cuando vayas, llamame...(Laura mira la tarjeta y se ríe) ¿Qué te pasa?

LAURA

(Burlona, leyendo la tarjeta) Metaltex...(Se ríe con más fuerza)

HORACIO  
Sí, ¿qué pasa?

LAURA  
¿Y con la calentura qué hacemos? ¿La guardamos seis meses o nos conseguimos otra nueva para entonces?

HORACIO  
(Suplicante) Laura...(Trata de agarrarla, pero ella lo rechaza)

LAURA  
No, dejame...

HORACIO  
(Señalando hacia el interior) Laura, yo no quiero que me uses en contra de él...

LAURA  
(Despectiva) ¿Por eso me diste el número de teléfono de la oficina?

(Antes de que Horacio alcance a contestar, entra Mario)

MARIO  
El viejo se quedó dormido. Me parece que está un poquito en pedo...(Se petrifica al descubrir a Laura. Ella se levanta con naturalidad, va hasta donde quedó tirado el suéter y se lo pone) Laura...(Ella, sin mirarlo siquiera detiene el tocadiscos. Pausa larga)

HORACIO  
(Sintiéndose en la obligación de dar una explicación, aunque suene ridícula) Laura estaba bailando...(Se interrumpe, desanimado)

MARIO  
(Tratando de disimular que está al borde de las lágrimas) ¿Se cree que tengo celos...? ¿Se cree que tengo celos de esta...? (Con odio) ¿De esta máquina de coger...?

LAURA  
(Serena) ¿Y a vos, quién te lo dijo...?

MARIO  
(Ignorándola, saca la pistola y los apunta, vagamente) ¿Y con un viejo de mierda como usted...?

LAURA  
Mario, no seas pendejo...

MARIO  
(Sin mirarla) ¡Vos callate! (Amartilla la pistola y apunta directamente a Horacio) ¿Qué pasa si ahora los cago a tiros?

HORACIO  
(Palideciendo) No, vos no podés hacer eso...

MARIO

(Se ríe con desprecio) ¿Qué pasa si ahora los cago a tiros, ¿eh...?

HORACIO

(Tembloroso) Pero...Es que no pasó nada...¡Te juro que no pasó nada!

MARIO

A ver, pajarito...Hacé "pío-pío"...

LAURA

Aflojá, Mario...

MARIO

(Imperturbable) Hacé "pío-pío", pajarito...

(Horacio abre la boca, trata de hacer lo que se le ordena, pero no alcanza a emitir sonido alguno)

LAURA

¡Acabala, te digo...!

MARIO

A la una...(Pausa) A las dos...(Pausa) Y a las...

HORACIO

¡Pará, pibe...! ¡Fue ella la que...!

(Mario aprieta el gatillo y la pistola, obviamente descargada, apenas si produce un "clic" ridículo. Mario se ríe brevemente, con desprecio, y se va. Casi enseguida se escucha desde afuera el rugir de una motocicleta de baja cilindrada que, poco a poco, se va alejando)

HORACIO

(Todavía temeroso, pero ya indignado) ¿Te das cuenta...?

LAURA

(Casi con curiosidad científica) ¿De qué?

HORACIO

(Sin poder contenerse) ¿Esto también entraba dentro de tus cálculos?

(Pausa larga)

LAURA

(Asqueada) Sos un digno exalumno de mi padre...(Lo mira, lo evalúa) No, sos peor...

(Por fin Horacio toma real conciencia de la situación y baja la cabeza, avergonzado, mientras regresa el Profesor todavía somnoliento)

PROFESOR

¿Qué pasó? Me quedé adormilado un momento y, de repente...Me despertó un estampido...No sé, como un tiro. (Advirtiendo el clima de tensión) ¿Qué pasa, Laura? (Como ella no contesta, se

vuelve hacia Horacio) ¿Horacio...? (Pausa) ¿Y Mario?

LAURA  
Se fue.

PROFESOR  
(Extrañado) ¿Se fue?

LAURA  
Y "el señor" también está por irse.

HORACIO  
Sí, creo que debo irme.

PROFESOR  
Pero...¿qué pasó?

LAURA  
Nada...(Pausa larga. El Profesor, todavía con la cabeza turbia, presiente que algo desagradable ha pasado pero no alcanza a adivinar de qué se trata. Por fin, Laura decide no pasar por alto la oportunidad de joderlo) Traté de seducir a tu alumno favorito...

HORACIO  
(Suplicante) Laura...

LAURA  
No te preocupes, te fue fiel...

PROFESOR  
(Rugiendo) ¡Laura...! (Ella se va sin contestar. El viejo primero se indigna) ¿Qué clase de monstruo, qué clase de erinia...? (Vacila, luego se desconsuela) No sé qué hacer...Créame, ya no sé qué hacer...No es sólo el sexo, es...Todo. Su violencia, su dureza...A veces, hasta he llegado a pensar que ella está...En algo, lo peor, usted me entiende.

HORACIO  
Ese chico, Mario...Discúlpeme, pero...No es el compañero más adecuado, me parece...

PROFESOR  
¿Mario...? No, al contrario, es un chico limpio, de muy buena familia...

HORACIO  
Sin embargo, es peligroso. Anda con un arma. Habría que...Avisar a la policía.

PROFESOR  
(Asombrado) ¿Denunciarlo...? (Pausa) ¿Usted dice...? ¿A Mario...?

HORACIO  
(Avergonzándose) Tiene razón, es una estupidez...Al fin y al cabo, es un chico...

PROFESOR



No es eso lo que importa, mi querido amigo, sino...(Breve pausa) Mario es el hijo de un personaje muy influyente en esta ciudad...

HORACIO

Bueno, ésa es una razón más para preocuparse.

PROFESOR

Olvídese de Mario...

HORACIO

Al menos, convendría que usted hablase con el padre...

PROFESOR

(Enérgico) ¡Olvídese de Mario! (Breve pausa. Se suaviza) Está bien, Horacio, usted trata de disculparla...No sé lo que ella haya podido decirle...

HORACIO

Nada.

PROFESOR

Pero es ella...Es ella la que está sucia, la que está podrida, envenenada...Y no crea que no he hechos todo lo posible para convencerla, para enmendarla...Todo es inútil, créame. Ella sólo comprende el lenguaje del látigo.

HORACIO

(Escéptico) ¿El látigo?

PROFESOR

Es una forma de decir, por supuesto, pero...Lo que quiero decirle...Lo que usted tiene que entender, definitivamente, es que...(Sigilosamente) Ella es un enemigo. El peor enemigo que tenemos.

HORACIO

Ella...Es su hija.

PROFESOR

¿Le parece, Horacio? ¿Usted advierte que ella tenga algo en común con mi forma de ser, con mi estilo de vida? ¿Acaso somos parecidos en algo?

HORACIO

(Tercamente) Ella es su hija, señor.

PROFESOR

Su obstinación, Horacio...Su obstinación me obliga a formularle una terrible confidencia...(Pausa) En realidad, Laura no es mi hija.

HORACIO

(Atónito a pesar de lo previsible de la confidencia) No, no puede decir eso...

PROFESOR

Ignoro lo que Laura le ha contado...(Horacio niega con la cabeza) Pero ella es...¿Cómo decirse lo sin cargar las tintas? Laura es el fruto de una desdichada aventura de mi difunta esposa.

HORACIO

Por favor...

PROFESOR

Ella era bastante menor que yo y...Seguramente, yo estaba demasiado ocupado con mis libros, mis alumnos...No me di cuenta de nada. Pero, al parir a Laura, la mató la vergüenza...Y nos dejó a Laura y a mí, solos y juntos, para que nos fuéramos destruyendo.

HORACIO

¿Y usted, desde el principio...?

PROFESOR

No, por supuesto, yo no sabía nada...Lo fui entendiendo de a poco, dolorosamente...Recordando algunas confusas situaciones...Releyendo cartas amarillentas...Atando cabos...Pero, sobre todo, viendo crecer a Laura...Viendo desarrollarse en ella esa cosa satánica, que no tiene nada que ver conmigo...

HORACIO

¿Por qué me cuenta todo esto? ¿Por qué a mí?

PROFESOR

Porque, como no tuve nunca otra familia que la que el aula me prestó...Usted, Horacio, "in spiritu veritas"...En la verdad del espíritu, es mi hijo...Mi hijo.

(Horacio lo mira largamente, lo compadece, lo rechaza)

HORACIO

Créame que lo lamento, señor, pero...Realmente, tengo que irme...

PROFESOR

(Consternado) ¿Irse? ¿Usted está loco, muchacho? ¡No puede irse ahora...! (Va hasta la puerta de calle)

HORACIO

Usted no me ha entendido, señor. Tengo que irme.

PROFESOR

(Echa llave, la saca y la exhibe, casi, gozosamente) No puede irse. ¿Ve Horacio? Sencillamente, no puede irse ahora.

HORACIO

Pero...¿Con qué derecho...?

PROFESOR

(Apocalíptico) ¿Con qué derecho...? ¿Y usted me lo pregunta...jovenzuelo...insolente...? ¡Sáquese las manos de los bolsillos cuando le estoy hablando! (Horacio, impresionado, le obedece) ¿O no sabe quién soy? ¡Soy el profesor García Chaves! ¡Pero me dicen el implacable! ¡El implacable

García Chaves, duro pero justo...! ¿Ahora me reconoce?

HORACIO

(Transformado en un jovenzuelo nada insolente) Sí, señor.

PROFESOR

Entonces, póngase derecho. (Breve pausa) ¡Póngase derecho! (Horacio lo hace) ¿O ha olvidado el orgullo de aquella estirpe, la justificación de aquella cofradía...? El Real Colegio de San Carlos...El Convictorio Carolino...El Colegio de la Unión...El viejo y glorioso Nacional Central...¿Lo ha olvidado?

HORACIO

No, señor.

PROFESOR

(Siempre severo, aunque algo más afable) Entonces, dígame...(Breve pausa) A ver...(Breve pausa) Sí, la "Serranilla" del marqués de Santillana.

HORACIO

¿Cómo, señor?

PROFESOR

¡Sí, sí...! ¿En qué idioma le estoy hablando?

HORACIO

(Entrecortadamente) "Moça tan fermosa - non vi en la frontera..." (Se toma la cabeza entre las manos, como mareado, empezando a salir del sortilegio)

PROFESOR

¿Qué le pasa?

HORACIO

La he olvidado, señor.

PROFESOR

¿Olvidado? ¡Hace veinte años la sabía...! ¡Y hasta hace unas horas la recordaba!

HORACIO

Sí, pero justamente...Han pasado tantas cosas...

PROFESOR

¿Cuándo?

HORACIO

En estos veinte años...Y hoy.

PROFESOR

¿Qué cosas, Horacio?

HORACIO

¿Se acuerda de la vieja "Tía Vicenta", señor? (El Profesor lo mira con curiosidad, pero no contesta) Era una revista humorística, de aquella época...

PROFESOR

¿Qué tiene que ver con...?

HORACIO

Había un personaje que...El señor Cateura...Quería que su hijo estudiara latín, para que llegara a ser un buen carnicero...Era una broma, claro...Pero yo ahora empiezo a sospechar que alguien nos hizo esa broma trágica a nosotros.

PROFESOR

No lo entiendo (Breve pausa) ¿Eso quiere decir...? ¿Que usted reniega ahora de su viejo maestro?

HORACIO

No, eso quiere decir...Que yo no puedo juzgarlo, señor...Ni a usted, ni a Laura, ni a nadie...Porque ni siquiera soy un buen carnicero.

PROFESOR

Sigo sin entenderlo.

HORACIO

(Dándose por vencido) Lo lamento, señor...Déme la llave y...En todo caso, después que yo me vaya, pregúnteselo a Laura.

PROFESOR

¿A Laura? (Sombrío) Entonces, ahora entiendo...Ella le ha estado hablando de mí. Por eso quiere irse.

HORACIO

(Negando) Me estuvo hablando...de mí.

PROFESOR

Insultándolo, disminuyéndolo, desmoralizándolo...¡Lo ha puesto en contra mía!

HORACIO

(Idem) En todo caso, me dijo algunas verdades despiadadas.

PROFESOR

Y, finalmente, lo ha seducido...Lo ha corrompido con su veneno...

HORACIO

(Avergonzado) Créame que fue todo lo contrario...Si alguien trató de corromper...Déme la llave, por favor.

PROFESOR

(Ignorándolo, se dirige hacia la biblioteca) Quosque tandem abútere, Catilina, patientia nostra? Quam diu étiam fúror iste tuus nos elúdet?

HORACIO

(Levantando la voz) ¡Abra la puerta, señor!

PROFESOR

(Imperturbable) Contra verbosos noli contēdere verbis...Insānus medio flūmine quaerim āquam...

HORACIO

(Empezando a desesperarse) ¡Le digo que quiero irme...!

PROFESOR

A cane non magno saepe tenētur āper...

(Lo interrumpe la entrada de Laura)

LAURA

(Despreocupada) ¿Qué son esos gritos? ¿Ya se acabó la luna de miel?

HORACIO

Me estaba despidiendo...¿Podés abrirme la puerta?

LAURA

(Extrañada) ¿La puerta...?

PROFESOR

(Ha buscado detrás de los libros y saca una fusta. Se vuelve hacia Laura, enarbolándola amenazante) ¡De rodillas, bastarda...!

LAURA

(A Horacio. Asombrada) ¿Qué le pasa?

PROFESOR

(Avanzando hacia ella) ¡Te vas a retractar de todas tus sucias mentiras...!

LAURA

(Idem) ¿Me deschavaste...?

PROFESOR

¡Le vas a pedir perdón por todo el negro y horrible daño...?

LAURA

(Idem) ¿Al final, elegiste...? ¿En contra mía...?

PROFESOR

¡Le vas a suplicar para que se quede...!

LAURA

(Idem) Qué hijo de puta...Qué hijo de puta...

PROFESOR

(Tratando de obligarla a que se ponga de rodillas) ¡Basta, prostituta...!

LAURA

(Resistiéndose) ¡Soltame, viejo sucio...!

PROFESOR

¡Degenerada, ninfómana...!

LAURA

¡Cabrón, impotente...!

PROFESOR

¡Te voy a matar, crápula...!

LAURA

Te vas a morir antes, cornudo...

(El viejo le da un terrible latigazo. Laura gime. Otro latigazo, y otro, y otro) ¡No...! ¡Con el látigo, no...! (Huye hacia la puerta de calle y trata de salir infructuosamente. El viejo la arrincona y la sigue castigando cada vez con mayor ferocidad) ¡Con el látigo, no...! ¡Horacio...! (Durante toda la escena, Horacio gesticula, emite sonidos inarticulados, pero no alcanza a hacer nada útil. Por último, agarra de un brazo al profesor y trata de apartarlo de Laura. El viejo se resiste, mientras sigue azotando a Laura que ha caído al suelo. Finalmente, en el forcejeo, el profesor pierde la fusta y Horacio termina quedándose con el saco de aquél entre las manos.)

PROFESOR

(Presenta una imagen lastimosa, cuando se da vuelta hacia Horacio. Ha quedado con moñito, cuello y pechera, pero la camisa no existe. Los puños de celuloide están pegados a las mangas del saco) ¿Qué hace...? ¡Devuélvame mi ropa...!

(Mientras Horacio le devuelve el saco, con el que el Profesor se cubre el pecho, sin ponérselo, Laura se levanta sigilosamente, a espaldas del viejo y toma un cenicero o cualquier otro objeto pesado. Horacio la mira espantado, aunque sin alcanzar a intervenir. El viejo advierte la mirada de Horacio y se da vuelta, justo en el momento en que Laura lo golpea con fuerza en la cabeza. El viejo cae al suelo, semidesvanecido, con la mirada extraviada. Ella lo mira a sus pies y vacila entre darle o no un nuevo golpe)

HORACIO

(Espantado) ¡No, Laura...!

LAURA

(Tiene una fea marca en la cara. Se la toca, mira a Horacio con desprecio y por último deja caer el objeto al suelo) Te pedí ayuda, cagón...(Horacio baja la cabeza) Y vos le llenaste la cabeza...Lo dejaste que me marcara a latigazos...

HORACIO

Laura, yo...

LAURA

(Empezando a sollozar sin estridencia) Sos un cagón.

HORACIO

(Valientemente, quizás por primera vez) Sí (Breve pausa) Pero ustedes están locos...Creéme, están locos los dos.

PROFESOR

(Reaccionando) ¡Agárrela, Horacio...! ¡No deje que esa yegua se me escape otra vez...! ¡Le digo que la agarre....! (Se levanta, tambaleante y esgrimiendo otra vez la fusta. Laura huye hacia el interior, sollozando. El viejo agita la fusta, pero la mira ir, sin fuerzas ya para seguirla. Se toca la cabeza y muestra la mano) Me sacó sangre la bastarda...¡Me sacó sangre! (Breve pausa) Aunque, en realidad, de ella...De ella ya no me extraña nada...¿Pero usted, Horacio...? ¿Usted la dejó...? ¿Usted le permitió que me diera ese golpe feroz en la cabeza? Un golpe que pudo ser mortal, permítame decírselo...(Pausa) A pesar de que yo...Acabo de librar...Esta pequeña batalla...Por usted...(Breve pausa) "Merde", como dijo Cambronne...No es neutralidad lo que yo esperaba de su parte...

HORACIO

(Tendiendo la mano) Déme la llave, señor.

PROFESOR

Espere, espere...(Pausa) ¿De modo que se va? (Breve pausa) ¿De todos modos? (La mano tendida sigue siendo una respuesta elocuente) ¿Debo suponer, entonces que todo fue un engaño? ¿Que su recuerdo, su respeto, su devoción, eran falsos...? ¿Qué se burló de mí toda la tarde...? (Horacio baja la manos, niega con la cabeza, pero no dice nada) ¿Cuál fue el sentido de esta sucia farsa? Usted penetró en mi hogar con una mentira, abusó de mi hospitalidad, trató incluso de extraviar aun más a mi hija...(Saca la llave del bolsillo y se la entrega a Horacio) Sí, tome, váyase. Váyase enhorabuena.

HORACIO

Señor...

PROFESOR

(Ignorándolo) ¿Acaso pensó que porque nos pagaba la comida...? No, señor mío, realmente usted es un intruso desagradable...Tengo derecho a dudar de todo lo que dijo...Incluso, de que haya sido nunca alumno mío...(Relamiéndose con la idea) Sí, usted mismo admitió que su vida era un completo fracaso; en el estudio, en el trabajo, en el matrimonio...¡Y mis alumnos jamás fueron así! Sí, seguramente, ni siquiera fue alumno mío...(En la excitación, se le cae el saco al suelo)

HORACIO

(Como obedeciendo a un movimiento reflejo, lo recoge del suelo y ayuda al profesor a ponérselo) Fui alumno suyo, señor. Para bien o para mal, fui alumno suyo. Acuérdesse del concurso.

PROFESOR

(Mientras acepta con naturalidad la ayuda de Horacio) Claro, el concurso, es cierto...¿Pero cómo sé yo siquiera si usted es Horacio Caletti, verdaderamente? (Pausa) Y ya que hablamos de ese concurso, señor mío...Y hemos llegado a esta zona desagradable, a este capítulo de dolorosas verdades...(Pausa) Ese concurso...El jurado pensó en declararlo desierto, por el escaso mérito de los participantes...Pero el rector se opuso...Opinó que parecía...Poco patriótico...Declarar desierto un concurso sobre el general San Martín...Y se eligió, casi al azar, a uno cualquiera...Horacio Caletti.

(Horacio mira la llave, se dirige hacia la puerta y abre. El Profesor lo ataja con cierta vibración

histórica en su voz)

PROFESOR

¿No tiene nada que decir? ¿Realmente, no tiene nada que decir...?

HORACIO

(Desde la puerta, lo mira largamente) Lo peor de todo esto señor...Lo peor de todo lo que ha pasado, en estos veinte años y hoy...Es que yo me lo merezco.

(Sale. Tras una larga pausa, se sirve un poco de vino que quedó en la botella; como es poco, recoge el que quedó en alguna otra copa y consigue llenar la suya. La eleva, con mano temblorosa) Ya no queda nada por qué brindar, pero...(Bebe. Va hasta el tocadiscos, vuelve a poner la música del principio. Como al azar, recoge la fusta que ha quedado en alguna parte, al alcance de su mano, y dirige con ella la invisible orquesta. Luego va hasta el escritorio, se sienta, recoge el crucigrama) ¿Dónde estábamos...? Sí, acá...(Lee) "Declinación, menoscabo, principio de debilidad o ruina". Diez letras. (Repite, pensativo) Declinación...Menoscabo...Principio de debilidad...O ruina...

(Cae el telón)

**EL EXALUMNO se estrenó el 21 de marzo de 1978 en el Teatro "Lasalle" de Buenos Aires.**